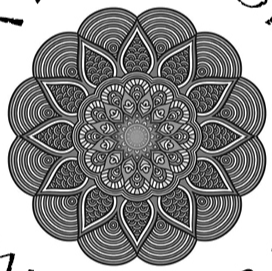


A la sombra de un árbol invisible

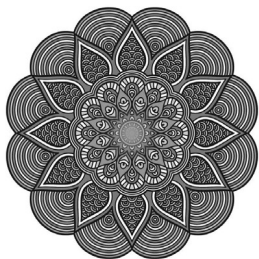




# A la sombra de un árbol invisible

Francisco Ramírez Viu

Queremos relegar el silencio al olvido  
Pero el verdadero olvido solo puede darse en el silencio



Al lado de mi soledad  
hay otra soledad que la acompaña,  
una que no arrastra ningún peso.  
Su asentada quietud no es la mía  
pero a veces, si yo no me alzo,  
es ella la que respira,  
y es tanta entonces su cercanía  
que ambas soledades son la misma.

La atención se encuentra menos dispersa. No late adormecida sino hondamente despierta en una luz extraña, una oscura transparencia. Los pensamientos y las sensaciones dejan de flotar, se van apaciguando en el fondo del silencio como un puñado de arena que cayese en un agua en calma.

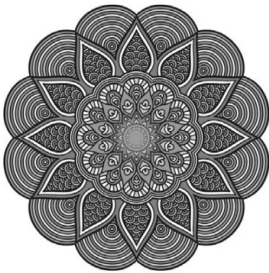
Lentamente va abriendo el silencio su hueco. En una oscuridad donde solo suena la respiración. A veces sigo su cadencia, luego ya no la oigo. Procuro mantener los ojos cerrados, sin buscar nada. Algún pensamiento surge y me lleva. Cuando me doy cuenta, simplemente lo abandono. Abro los ojos y luego vuelvo a cerrarlos. No trato de llegar a ninguna meta, solo estar.

El pasado se vuelve cada vez más silencioso. Luego es solo un eco lejano. Después nada. También el futuro amortigua su voz. Y en ocasiones tampoco suena. Entonces, cuando ambos han cesado, la voz cae en el silencio del presente, que no tiene palabra pero se deja acompañar por ella. Hasta que tampoco ella puede decir nada, como las hojas de los árboles si no hay viento.

Una flor se abre  
La quietud se extiende

Un nido vacío  
fluye en la corriente





El silencio tiene su propia claridad.

Luz que requiere pausa. Así se da, como si naciese en ella.

Una luz tan suave y tan reveladora. Como de luna llena vertiéndose en un campo. Paisaje donde se renueva la mirada. No hacer es hacer desde un lugar donde nada pugna por nacer o por morir. Una alegría sosegada, pero sin límites percibidos. De todo lo que conozco es lo único que merece llamarse paz.

Cierro los ojos para ver mejor, porque aunque los cierre no soy impermeable a su claridad. La sensación de no saber hace más respetuoso el acercamiento a los límites. La luz ilumina unos momentos la inmensidad... donde todo puede cobrar forma. También yo puedo tomar decisiones, modificar aspectos de mi conducta, esclarecer lo que pasa por dentro. Y hacerlo en confianza, ver con fiadamente. Puedo desprenderme del juicio mas no de la visión.

La luz realza lo que me corresponde y lo que no.

Y es ella misma la que permite afrontar lo que muestra.

En esta transparencia no tengo que disimular, ni por exceso ni por defecto. Nada hay de lo que defenderse. Descubrirme así es la manera de advertir mi propio ruido. No trato de establecer un diálogo conmigo mismo, sino de aceptar que se vea lo que hay. Dejar que el silencio vaya inundando la intimidad, que se hace traslúcida; un nido donde apenas balbuceo.

Dar a luz a lo que ya existe desde siempre, a lo escondido que asoma. Como asoman las estrellas en el firmamento.

Desde algún lugar viene la brisa.  
Roza la vida de un corazón  
que no quiere luchar  
ni forzar en otros la lucha.  
Se adentra en el aire que respira,  
lo recorre y acompaña,  
alienta lo que allí vive  
sin posarse sobre nada.  
Lo mece como a una hoja en el árbol.

A veces entre la bruma asoman, sin esperarlas, las circunstancias. Aparecen bajo la tenue claridad de la luna. Es precisamente en quietud cuando puedo afrontarlas de otra manera. No abruman, no empujan, solo se muestran. El hecho de mirarlas ya es transformador, como si ellas mismas empezasen a disolverse y perdiesen consistencia. El silencio las recoge, las va transformando aunque no las oculta ni las excusa.

Advierto un ansia arraigada en mi vida que enturbia muchas de mis acciones. Una forma de inquietud -tan emotiva como racional- que recluye a los sentidos impidiéndoles estar en la realidad más libres, más amplios y hondos. El ansia va tan alocada y preocupada por sí misma que siempre deja la puerta abierta, y es frecuente que por ella entre la violencia. Las acciones que proyecto desde allí devienen tan fácil, tan repetidamente, en conflictos, injusticias, humillaciones; nacidas de la pura inquietud, de un ansia que se mantiene encendida en ausencia de la pausa.

En quietud no impera el poder de la voluntad ni el poder del instinto. No hay poderío del poder. Solo un compromiso que nace libremente. No hay nada de lo que defenderse, nada que colonizar o invadir; este silencio no obliga ni seduce. Por eso

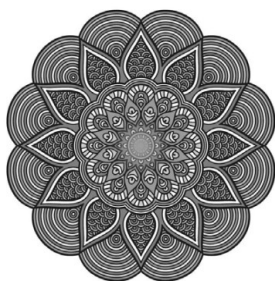
pienso que una ética que naciera desde aquí sería un magnífico criterio para las acciones. Una ética personal como lo es el caminar. Personal, porque así es siempre el encuentro. De todas las formas de estar que conozco -las que he experimentado o de las que he oído hablar-, la quietud es la única que nace y se desarrolla ajena a la violencia.

Muchos de los sucesos que me ofenden o perturban también me reflejan, son el espejo que devuelve a mi vida convencional su rostro. Pero este reflejo no es inmaterial sino que añade peso al mundo, nos enreda. Para que hubiese más verdad en mis acciones tendrían que nacer desde este fondo de quietud, diluida el ansia. No quiero seguir añadiendo fango a la vida; ni a la mía ni a la de los otros, a la vida en general. Contemplo estas imágenes que llegan calladas pero llenas de significación, las miro unos segundos; muestran la oportunidad de un cambio y ya está, no insisten, no agobian. Ya lo han dicho todo, sin acabar de decirlo enteramente. La transformación personal que se va obrando silenciosamente en la pausa no se apoya exclusivamente en mi voluntad. De hecho, la voluntad es capaz de hacerse invisible para no estorbar con su presencia. La quietud es una actitud transformadora por sí misma. Apenas sé

explicarlo, pero si dependiera solo de mi esfuerzo sería una tarea apabullante, imposible. Por eso no me pongo metas. Solo trato de acercarme humildemente al silencio, a esta linde de lo inconcebible, un espacio desacostumbrado para la mente y el corazón. El único objetivo -si puedo hablar en estos términos- sería el de estar, sin ansia, sin forzar, donde aparentemente no ocurre nada. Pero ocurre.

El silencio está desprovisto de sucesos. En él, las cosas que apremian u oprimen caen como hojas secas. Aquí abandono mis preocupaciones, mis asuntos. Me voy olvidando de mí en la medida en que eso es posible, sin buscar tampoco ninguna perfección en este proceso. Siento que necesito menos, que reclamo menos, como si el mismo futuro fuese -sin paradojas- desasirme del porvenir. Sin tampoco buscar significados al silencio. Sin el ansia de entender ni de desear. La confianza alumbraba en el bosque aun en medio de la oscuridad. Los árboles siguen erguidos y, a la vez, parecen tendidos en la noche. Les acompaño unos minutos más antes de acostarme. Dormiré tranquilo, envuelto en su paz.





Es madrugada. Un perro joven lleva ladrando casi dos horas. Le incomoda la soledad de la noche, no sabe qué hacer con este silencio donde le resulta tan difícil asentarse. Ya hay un cierto cansancio en su voz, en la inercia que lo empuja, pero la noche no cesa y él siente su presencia como un abandono, seguramente como algún dolor. Y en esa inmediatez del dolor su yo se acentúa. No sabe qué hacer con este silencio y le ladra. Durante tres minutos cesan sus ladridos, pero después prosigue su queja. Necesitaría escuchar, solo escuchar sin responder. No encontrará mejor lugar que la noche para olvidarse de sí mismo, para despojarse lentamente de su inercia. Quizás, cuando le venza el cansancio se rendirá ante esta presencia que no ladra. Ante este horizonte que poco a poco se abre, y en el que de algún modo podrá aprender a descansar.

Solo cuando hay distinta densidad entre fuera y dentro, cuando se distinguen de nuevo como realidades opuestas, los pensamientos y las emociones se agitan, comienzan a levantarse.

Cualquier movimiento del yo la enturbia y la acaba haciendo desaparecer, igual que el viento apaga una vela.

Late el corazón de la estrella  
como lo hace cualquier corazón.  
Se agitan las hojas y los pensamientos,  
por el aire vuelan distraídas  
mariposas e ilusiones.  
En cada movimiento  
toda la realidad se mueve:  
late, se agita, vuela;  
como si extendiera sus brazos  
para tentar el recinto donde se encuentra,  
los límites de su mundo.  
Anda a ciegas  
por otra realidad que no conoce.

Miro al árbol en la noche, su quietud a la que no parece atravesar el tiempo, sin que se escuche siquiera su rumor. En un movimiento que se confunde con lo absoluto, que no puedo conceptualizar, del cual mi consciencia también forma parte. Vida, evolución, infinitud: la propia infinitud de la consciencia más allá de la mía. Esta quietud sin tiempo nace en la pausa. Acercarse a ella es recomenzar de nuevo, reaprender a estar sin más, "largamente". Porque no resulta inmediato -al menos para mí- abandonar la inercia que me lleva. Voy conociendo la dificultad que entraña vivir un rato en quietud, lo lejano que parece cada vez que me acerco. Una sutil distancia. Como la que hay, en la hoja del árbol, entre el haz y el envés.

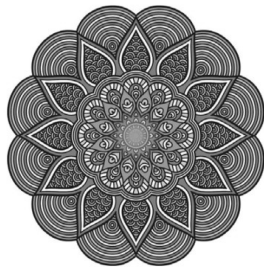
Es posible que buena parte de los problemas que surgen en nuestra vida personal, también como sociedad, se deban a vivir inquietos ante el tiempo. Estar en el ahora -en este ahora silencioso, recogido, que no busca rellenar huecos- no nos parece suficiente hacer. Y es normal que apenas seamos conscientes de ello. Imposible estar aquí cuando somos absorbidos por lo que podemos llegar a ser, por lo que podría suceder. Y desde esa continua evasión educamos a los más jóvenes. Pero una cosa es ser capaces de mirar hacia delante, a

un futuro que por naturaleza es incierto, y otra muy distinta hacerlo sometidos a ese futuro. Pienso sinceramente que esa actitud es la que estamos transmitiendo a las siguientes generaciones, de algún modo ha llenado nuestras vidas, se ha instalado en nuestra forma de estar en el ahora. Si vivimos -y educamos- en la obsesión por lo que pueda venir, ¿desde qué posición estamos percibiendo el presente; la posibilidad del presente?

El futuro puede devenir fácilmente en una obsesión, en una visión limitadora de la vida. Y la libertad nacida de esa ansia seguirá controlada por la figura autoritaria del porvenir. Es en quietud donde se produce un esparcimiento real y transformador, donde desaparece la figura opresora del porvenir; porque aquí esa inquietud, sencillamente, no cabe. La pausa nace en un silencio que puede ensancharse y convertirse en tiempo habitable; abandona la inercia de lo repetitivo, de lo que se hace sin estar presente. Es la atención a un presente sin ansia, a un tiempo liberado que no hay que exprimir ni aprovechar, que no se ofrece a ser cosificado; un tiempo cuya sensación desaparece, quedando un estar, una consciencia que

vuelve a unirme con el entorno y conmigo mismo; una consciencia que tampoco se resume en mí.

Ni soy árbol ni mis ramas cobijan ese silencio, pero no importa. Solo puedo agradecer esta oportunidad y procurar hacer lo que esté en mi mano para que se afiance, al menos para no estorbar su crecimiento. En esta pausa se va obrando una forma distinta de vivir la existencia o, lo que es lo mismo, de estar en el tiempo. Aquí encuentro un hogar verdaderamente habitable donde conviven -y se funden- la vida de dentro y la vida de fuera. Un nacimiento, sí, también una oscuridad. Camino a ciegas, como quien anda con los ojos cerrados y no está acostumbrado a hacerlo. Soy un ciego novato. Pero doy un pasito, luego otro y me vuelvo a parar. No importan mis limitaciones, y tal vez menos aún mis habilidades. Sin duda, es en la pausa donde se hace posible una verdadera transformación personal. Solo ese intento -si se prolonga suficientemente- da quietud, un medio distinto de pensar y sentir; de actuar.





No hay atajos para despojarse de la urgencia, no tiene sentido afrontar esta tarea con el ansia con la cual busco las cosas de ordinario. Que la mente y el corazón se aquieten es un proceso lento, como el cultivo de un huerto. Seguramente cada persona podrá encontrar su forma de lograrlo, su método; y -si de veras lo pretende- hacerlo a su ritmo, con la constancia conveniente o necesaria. Sí sé que unos pocos minutos de silencio deshacen horas de ruido.

Hace años, cuando estudiaba en la universidad, anoté las palabras de un agricultor y pensador japonés -Masanobu Fukuoka- que promovió con éxito un método de cultivo gracias al cual el suelo se enriquece progresivamente y la calidad de los alimentos aumenta sin ningún esfuerzo añadido. Fukuoka afirmaba que “realmente no es la técnica de cultivo el factor más importante, sino la posición mental que adopte el agricultor.” Estas palabras me han acompañado desde entonces.

Una de las actitudes más difíciles de sostener en el tiempo es la quietud. No estamos habituados a un “lenguaje” que consiste en callar, en ir acallándonos; en apaciguar el repetido monólogo de la mente y el revoloteo de las emociones. Nuestras vidas se mueven, casi sin percatarnos, empujadas por la inercia del ruido. La mente y el corazón no parecen sino náufragos intentando agarrarse a lo que flota alrededor, como si no tuvieran suelo bajo los pies. Tal vez sea un signo de nuestro tiempo este andar azogado, aunque ya desde la antigüedad se invita con frecuencia a la quietud, a la búsqueda de un silencio interior que facilita, entre otras cosas, el conocimiento propio. En su obra “Claros del bosque” María Zambrano también pondera el silencio que “revela al corazón en su ser, acalla el rumor interior de la psique y el continuo hablar de ese personaje que llevamos dentro: banal, discutiendo, contestatario; el que tiene razón sin descanso”.

Indudablemente, ese personaje del que habla Zambrano existe, al menos en mi caso. En mi interior se dan dos formas de ser cuyos comportamientos son claramente divergentes. (Lo expreso así, consciente de que estoy simplificando una cuestión bastante más compleja o inexplicablemente simple.) Las podría

llamar “vía del silencio” y “vía del ruido”. No representan una dicotomía abstracta sino empírica, ya que están estrechamente relacionadas con el distinto origen y desplegarse de mis acciones. Diferenciarlas, sin embargo, puede no resultar inmediato. Yo estoy descubriéndolo ahora, durante muchos años ni siquiera me lo había planteado en estos términos. Daba por hecho que todas mis acciones nacían simplemente en mí. Es ahora cuando advierto que pueden nacer en un “yo” inclinado hacia el ruido o en otro más próximo al silencio, a la quietud; como si de cada instante partiesen siempre esos dos caminos y cada uno de ellos pudiera llegar tan lejos como lejano quede su horizonte, su intención.

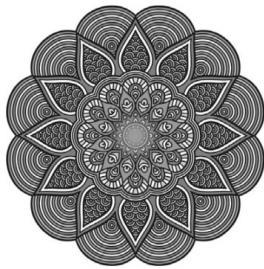
Ya en el siglo XVII Spinoza había abordado con su pensamiento terapéutico la relación entre algunos sentimientos y la salud, y calificaba como enfermedades ciertas actitudes -relacionadas con el ansia- muy comunes en nuestros días y aceptadas por una gran mayoría de personas. A esta ansiedad que se ha instalado en la base de nuestro cotidiano vivir, por ejemplo la forma compulsiva de consumir (objetos materiales, productos culturales, sentimientos, ilusiones), la considero la vía del ruido; una tendencia a ocupar cualquier vacío, a tapan continuamente

los huecos que surgen por todas partes: en el hablar, en el pensar, en el sentir; como si no quisiéramos contemplarlos. La ansiedad parece arrastrar siempre un ruido de fondo (quizás el sonido que produce nuestra propia vida cuando no camina liberada de peso, cuando ella misma se arrastra), un ruido que vive tan camuflado en nuestra cotidianidad que cuesta reconocerlo, advertirlo como tal. No permite posar los sentidos sobre la realidad, pausadamente. Me hace estar alerta, sí; nerviosa, incluso bruscamente. Pero comprendo que estar alerta no es lo mismo que estar despierto.

Volver los sentidos al silencio supone un descanso verdadero, una liberación no solo del ruido de fuera, sino también -y sobre todo- del mío propio. Podría compararlo con un ayuno, con una acción de limpieza del corazón y de la mente. ¿Y no necesitamos todos limpiar un poco nuestra mente, nuestro corazón? Si a un perro lo sacamos a pasear al menos un par de veces cada día, para liberarlo de la ansiedad que produce estar encerrado, ¿por qué no intentamos hacerlo con nuestra propia vida? ¿Cómo es posible que en ocasiones ni siquiera nos demos el trato afectuoso que sí ofrecemos a una mascota? ¿Por qué

nos encerramos en nuestra mente rutinaria y absorbente sin concedernos aire para respirar?

“Estamos en una época de transición y de toma de conciencia de una carencia -dice Edgar Morin en “Amor, poesía, sabiduría”- (...) el descubrimiento de que nuestro individualismo está lejos de traernos la paz interior. El individualismo posee una faz iluminada y clara: son las libertades, las autonomías, la responsabilidad. Pero también tiene una faz oscura, cuya sombra crece en nosotros: la atomización, la soledad, la angustia”. Releo con calma sus palabras, después cierro los ojos y procuro no pensar en nada más. Solo escucho mi respiración... y el viento resonando a través del extractor de humos de la cocina. Durante tres o cuatro minutos percibo la extraña densidad del silencio. Noto que incluso este breve acercamiento suscita en mí un desasimiento del porvenir, sobre todo del aferrarme a objetivos exclusivamente materiales. Tal vez esa carencia de la que habla Morin esté relacionada con la inquietud que sentimos ante nuestro porvenir.



La palabra es cada vez más respetuosa, se va llenando de pausa. Más flexible que yo, aprende a nacer de nuevo. Enmudece en los momentos de mayor silencio, cuando la mente ya no está pendiente de sí misma. Adelgaza como un hilo de luz en el universo.

Más allá de la realidad que solo puedo concebir a través de mis sentidos está el silencio. Parece ser un límite de esta realidad, incluso la sombra de otra dimensión de la que esta forma parte. Sombra de algo inconcebible que llega hasta aquí calladamente. Acercarse a ella es acercarse a una orilla, a una frontera que no es posible tramontar. No importa. Me gusta caminar, pasear por lugares desconocidos, deshabitados u olvidados. A la palabra también le gusta acercarse hasta estos lugares a los que solo se llega caminando.

¿Es ella la que me acompaña  
o soy yo quien la acompaño?  
Ambos escuchamos esta noche  
cómo azota el viento a los árboles,  
cómo resuena detrás de los cristales.  
Pero es ella quien guarda silencio,  
la que escucha al viento sin decir nada.  
¿Soy yo quien respira en calma  
para integrarme en su pausa,  
o ella la que me lleva de la mano  
a su silencio?

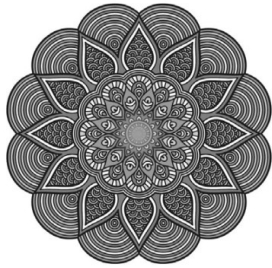


Escribir en quietud es pasear descalzo sobre arena humedecida. Cada palabra es un paso que no busca abrirse paso. No se precipita ni se esconde. No tiene vanagloria. Respira pausadamente. De algún modo surge del silencio, es parte de su mensaje. Puede andar en él sin decir nada, adentrarse cuando este se adensa o se prolonga. Surge de nuevo si no la fuerza, si yo no me alzo. Ella sostiene mejor al silencio, parecen estar unidos por lazos más fuertes. Es la palabra la que me contiene y me invita a callar en muchos momentos.

No es la sombra del árbol,  
pero está en su sombra.  
Y más adentro.  
Oquedad donde ninguna forma cabe,  
solo la palabra sin cuerpo se adentra.  
Cuando el ser se asoma  
apenas ve ramas temblando  
en la oscura frontera,  
su rostro reflejado.

En algún momento del camino  
la palabra se hace árbol  
Encuentra sus raíces  
y su cielo  
Despojada de la urgencia  
germina en lo indecible  
Ofrece su sombra  
aunque no diga nada

La palabra está enteramente en la orilla  
Callada, ausente  
El ser que la ama respeta su silencio  
se sienta a la sombra del árbol  
se recoge en la quietud de la noche  
mantiene limpia la humilde casa compartida  
Es en el ser donde la palabra se entrega  
Sigue siendo la palabra aliento  
del ser que nace y muere en el tiempo



Cuando camino entre los árboles lo hago en un cierto recogimiento, como el que percibo en ellos. Escucho el ulular del viento, respiro el aire aromado. Miro con calma el balanceo de las hojas, escucho los crujidos de algunas ramas. Procuero respetar la pausa que envuelve al árbol; tan metido en la vida, hecho para el vaivén y arraigado en la quietud. Me gusta acariciar sus hojas, su tronco. El canto de los pájaros crece también en este silencio. Están tan integrados en el entorno que parece que es la rama, la hoja o la luz filtrada la que canta y se expresa. El pájaro asomado al balcón del universo, el propio universo cantando como un pájaro. El árbol ha hecho de la intemperie intimidad.

En esta intimidad me quedo, sentado en la tierra o en alguna piedra; a veces apoyando mi espalda en el cuerpo de un árbol. Siento su energía, ligera y profunda; capaz de absorber mi ruido sin que se altere su quietud. Así, gradualmente, se va deshaciendo una barrera o una membrana invisible que no había advertido hasta entonces. En esta atención silenciosa los ojos ya no son protagonistas; tampoco el escuchar ni ninguno de los sentidos individualmente, sino una actitud que los recoge a todos sin borrarlos; un sentir más completo, más aéreo y

enraizado al mismo tiempo. Mirar y ser mirado sin que la mirada pese. Abrirse en lo otro y que lo otro pueda abrirse en uno.

Es la inquietud, el deseo en sus múltiples formas, lo que pesa. Siempre pesan los ojos, salvo cuando no buscan.

Ser que no tuvo prisa  
la noche se mece en sus hojas  
Lo alto en su silencio se acerca  
se posa  
Niebla de la niebla  
lluvia entre la eternidad y el tiempo  
El árbol ya no habla consigo mismo



Bosque:

en el umbral de una rama  
sentí el temblor del encuentro.

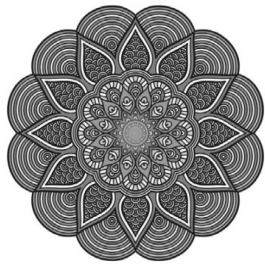
¿Cómo no adentrarme por tu senda  
en lo incierto de la espesura,  
aunque perdiese para siempre  
el camino de vuelta?

En este paisaje  
cubierto de sombras  
que el atardecer alarga  
no hay nadie.  
Solo el paseante.

En este paseante  
cubierto de sombras  
que el atardecer alarga  
no hay nadie.  
Solo el paisaje.

El bosque renace después de la lluvia, en una plenitud sin vanidad, sin ostentaciones. Los pájaros retoman sus cantos, vuelan lentos en la luz mojada. La hierba exhala su frescor. Ni el caminar hace ruido. El aire queda limpio y un vacío repentino, que no remite a nada concreto, da confianza.

Cuando los ojos reposan  
al fin sobre la hierba  
sin que el corazón busque  
ningún encuentro;  
cuando la ilimitada  
extensión del aire  
es derramada e intangible esperanza;  
cuando el árbol  
enmudece en todas sus hojas  
y ninguna voz  
enturbia la soledad  
en compañía de la vida;  
cuando un camino sin forma  
nos acoge y nos lleva  
sin que una luz o alguna oscuridad  
desvele el secreto  
de su quietud sencilla,  
de su puro movimiento.



Creo que solo desde la quietud resulta posible -al menos posible- vivir en paz con uno mismo, con los demás y con el tiempo. Aquí el tiempo no pesa ni empuja, no ejerce ninguna violencia. Su influencia es beneficiosa como la sombra de un árbol. Pero la realidad exige ser vivida, claro, y hacerlo en continua quietud es una quimera. Entonces pienso que entre la vía del silencio y la del ruido se podría trazar un puente; uno pequeño, humilde... personal; donde puedan conectarse ambos caminos para que la vida se aquiete poco a poco. Muy poco a poco. La paz no es un edificio ya construido, definitivo, que solo exige un mantenimiento rutinario. La mía, lejos de ser estática, es un movimiento para situarme en una posición donde pueda darse. La pierdo y debo recolocarme, buscarla de nuevo, moverme interiormente. Así descubro que es dinámica. Y no le resulta indiferente el entorno donde me muevo. Porque hay entornos que la acogen y favorecen, y otros que no. El espacio primordial donde debería crecer es la propia intimidad, una intimidad que fuese verdaderamente habitable. Decía también Zambrano que “la paz no es cosa de leyes, sino de una silenciosa armonía”.

La práctica del silencio parece requerir un mínimo de soledad, en sintonía con las soledades de la piedra o del árbol; un tiempo indefinido que fluya amplia y mansamente, que dé respiro y libertad. Sin duda, el silencio de fuera ayuda al de dentro, como vasos comunicantes que son. En esos momentos no caben grandes discursos y mucho menos la palabra vana, el ruido.

El carácter de cada persona se reflejará, supongo, en su manera de afrontar las dificultades que surgen cuando de verdad se intenta sostener el silencio: en la aceptación, la generosidad o la impaciencia a la hora de lidiar con las peculiaridades de este proceso. Parece una actividad sencilla -y de algún modo lo es-, aunque perseverar en ella resulte más complicado. Sobre todo porque la mente se rebela muchas veces, habituada a su ruido. En realidad el silencio está siempre aquí, a mi lado. Soy yo el que se ausenta, y el que lo encuentra aquí mismo cada vez que vuelvo.

Aceptar y potenciar el estado de contemplación, ir confiando en esa visión de la realidad supone construir un puente para poder llevar la quietud a casa, para aprender a convivir en paz con la vida de dentro y con la vida de fuera. Yo no he descubierto otro

modo de conciliar ambos mundos. Es obvio que la entrada al camino de la quietud no está tan bien señalizada como la de la agitación, e indudablemente cuesta más encontrarla. Probablemente ni siquiera se pueda hablar de camino -mucho menos de uno vanidoso- sino de una actitud a la cual se va llegando paso a paso y nunca se acaba de llegar. El silencio que la acompaña es un horizonte en sí mismo. Y aun así Aristóteles afirmaba que la verdad se revela en la quietud humana.



Bañarse en una nube  
secarse al sol sobre una piedra

Suspendido en el ensueño  
donde no hay profundidad ni altura  
el ser no teme el secreto  
Sin rumor ni signos siente su presencia  
sin horizonte ni centro allí se sabe  
y todo lo ignora

La bruma ha cubierto el valle. Apenas se distinguen los contornos de los árboles más cercanos. Lluve tímidamente y el agua tabalea en las hojas, las acaricia. No hay horizonte, ningún camino definido. Sin pasado ni futuro, el propio presente se disuelve en la niebla que alimenta al bosque. No amenaza esta oscuridad, es quizás la visión más reveladora de la vida; tan diluida que todo lo permea. Esta manera de no ver más allá, de no saber, esta ignorancia invita al desasimiento. Los árboles están tan acostumbrados; enraizados en silencio, abriéndose también silenciosamente. No se oye ni su respiración. Quisiera acompañarles. En la lábil consciencia de las fuentes, cuando la bruma entra en el valle y aquí reposa.

